LAS ANÉCDOTAS DE MATURANA

Por Lácides Martínez Ávila

Para quienes no lo saben, he de decir, a guisa de presentación, que pertenezco a la Promoción 1973 del glorioso Colegio Nacional Agustín Codazzi, llamado abreviadamente Colnal. Todos sabemos que ahora en Colombia el nombre genérico oficial de los establecimientos educativos ya no es “Colegio”, sino “Institución Educativa”. Por eso, nuestro Plantel ya no es el Colnal, pero para nosotros, sus primeros bachilleres, sigue siéndolo.

El propósito del presente escrito es exponer algunas de las numerosas anécdotas que dejó en el Colegio Nacional Agustín Codazzi el muy recordado y popular Miguel Maturana, un docente vallecaucano de color azabache que se caracterizaba por su versatilidad, pulcritud y elegancia. Tan pulcro era, que se cambiaba de ropa dos veces al día y, para trasladarse hasta el Colegio desde el hotel donde residía, cogía taxi (jeep Willy, que tal era el servicio de la época) para no ensuciarse los zapatos, impecablemente pulidos. Y, en cuanto a su versatilidad, asombraba verlo dictar, con igual facilidad y desenvoltura, cualquier área o materia que se le asignara, como, por ejemplo, Geografía, Historia, Inglés, Educación Física y hasta Artes Industriales.

Recuerdo que cuando nos dio clase por primera vez, que hizo su presentación en el curso, todos nos reímos, pues era la primera vez que escuchábamos el apellido Maturana, el cual nos resultaba muy raro y gracioso. Pero nuestras risas aumentaron cuando, en esa misma clase, de Geografía Universal, nos habló del río Bramaputra, puesto que era también la primera vez que oíamos mencionar tan extraño y pintoresco nombre.

Cierta vez íbamos a comenzar la clase de Artes Industriales con él, pero al parecer todavía no le habían pagado el sueldo del mes. Y, siempre que esto ocurría, llegaba al salón de mal humor o sin ganas de dictar la clase. Nosotros ya lo teníamos visto al respecto. Ese día, apenas entró al salón, dijo con su peculiar habladito que por sí causaba risa: “Jóvenes, esa materia de Artes Industriales, ustedes saben, no es una materia tan importante como la de Español o las Matemáticas: es una materia coprogramática. Yo considero que Artes Industriales no es solamente venir yo a hablar aquí como un buen pendejo delante de ustedes. Artes Industriales, en mi opinión, puede ser salir al campo, observar la naturaleza, el paisaje, jugar un partido de fútbol… Así que, si ustedes quieren, puede salir a la cancha y jugar un partido; pero eso sí, en orden, sin hacer bulla”. (Él lo que no quería era dictar la clase, pero sin que el Coordinador o el Rector se diera cuenta). Pero no muy bien acababa de hablar él, cuando casi todo el curso salió corriendo en estampida, con ruidosa barahúnda y hasta tumbando pupitres, para la cancha. El estruendo, por fuerza, tuvo que oírse en todo el Colegio. Sólo como cuatro o cinco estudiantes no habíamos alcanzado a salir del salón. Entonces el profe Maturana se fue hacia la puerta y la cerró con rabia, diciendo: “Ahora voy a pasar lista y le pongo uno (1.0) al que no esté”. Así lo hizo, y cuando terminó de llamar a lista, dijo: “Ésa es una jugada psicológica”, y se puso a

dictar su clase tranquilamente con los cuatro o cinco alumnos que habíamos quedado en el aula.

A veces, en las clases de Educación Física, se nos daba por hacer que Maturana regañara injustamente a alguno de nosotros, para reírnos. Como lo primero que él solía hacer era ponernos a marchar: "Izquier, izquier, izquier, dos, tres, cuatro…", cuando queríamos que regañara a alguien, por ejemplo a Alfredo Chinchía, todos empezábamos a decir: "Chinchía, marcha bien", "Chinchía, te vas a perratear la clase"…, aunque Chinchía estuviese marchando bien. Así seguíamos haciéndolo hasta que Maturana, sin molestarse en comprobar si era verdad o mentira, se volteaba hacia Chinchía y le gritaba increpándolo: "¿Qué es lo que a usted le pasa, Chinchía? Tan grande y no sabe marchar. ¡Cójales el paso a Martínez y a Marta Acosta!" (nos ponía como ejemplo a nosotros o a cualesquiera otros). Todos nos reíamos, mientras Chinchía nos lanzaba miradas furibundas. Pero, como el profesor me había puesto de ejemplo en esa clase, entonces mis compañeros, en la siguiente, me la velaban a mí: "Martínez, ¿ya se te olvidó marchar?", "Hey, Martínez, ¿te vas a poner de ruana la clase?", "Marcha bien, Martínez: cuando el profesor dice 'izquier', es el pie izquierdo el que tienes que levantar, no el derecho". Y así seguían, hasta que Maturana, sin verificar nada, se volteaba con rabia hacia mí y me gritaba: "Martínez está jodío: ¡tanto tiempo en este colegio, y todavía no sabe marchar! ¡Cójales el paso a Pallares y a Betty Argotte, vea! Y así lo hacíamos sucesivamente en las distintas clases de Educación Física, sólo para reírnos.

Un día nos llevó a jugar un partido de fútbol en la cancha del Bosque, y nos hallábamos dispersos por todo el terreno de juego mientras comenzaba el partido, cuando llegó José Ramón Díaz corriendo hasta el grupito donde estaba Maturana, y le dijo, delante de todos los que estábamos ahí: "¡Profe, profe!, Bolita (Elvis Manjarrés) le mentó la madre, profe, a usted! Yo lo oí cuando le dijo hijueputa. Allá está, profe", y señaló con el dedo hacia el grupo donde estaba Bolita. Entonces Maturana se quedó mirando torvamente a José Ramón Díaz y le dijo, delante de todos también: "Vea, joven, no sea chivo, no sea sapo. Si él me dijo hijueputa y yo no oí, no me ha dicho nada; pero usted no tiene por qué venir aquí a sapear al compañero".

Cierto domingo del mes de mayo, iba el Colegio participando, Virgen a bordo, de un desfile procesional, llevando su banda de guerra, cuyo entrenador era el profesor Maturana. El Rector, un corpulento chocoano de aspecto temible, llamado Ángel María Palacio Del Pino, era quien, luciendo su habitual liquiliqui azul claro y batuta en mano, iba dirigiendo por la calle los acordes de la banda, con los ademanes propios de un director de orquesta. Eso a Maturana lo tenía que se lo llevaban los demonios, porque consideraba que era él quien debía dirigir la banda por la calle, por ser quien la entrenaba durante la semana. Entre los estudiantes que cargaban la Virgen, iba Jorge Bernard, quien tenía la particularidad de reaccionar bruscamente por reflejo si, hallándose distraído, alguien lo tocaba o lo puyaba por cualquier parte del cuerpo. Esto lo sabíamos todos, y Maturana también. Por eso, en ese momento de disgusto, dijo: "Ese hijueputa negro igual a mí (se refería al Rector), pone a uno ni un buen pendejo a entrenar la banda durante toda la

semana, para después venir él a lucirla por la calle, como si fuera el chacho. Ojalá puyaran a Vásquez (Jorge Bernard Vásquez), para ver si deja caer la p… Virgen ésa".

En una ocasión, íbamos a comenzar el examen final de Educación Física, y lo primero que nos puso a hacer fue darle, trotando en formación, una vuelta al colegio. Tan pronto como iniciamos el trote, Orlando Almanza empezó a orinarse en la fila, dejando el húmedo rastro claramente visible en el suelo. Por encima de la pantaloneta, desde luego. El profesor Maturana lo pilló y le gritó: "¡Almanza, sálgase!". Almanza le obedeció en el acto y se sentó en el sardinel. Al pasar junto a él, Maturana le dijo, apuntándole con el dedo: "¡Y tiene uno, para que no sea pendejo!". El examen duró más de una hora y fue bastante agotador. Al cabo del mismo, Almanza se le acercó al profesor y le dijo: "Profe, yo me quiero disculpar con usted. Fue una necesidad que me sobrevino de pronto, y no le pedí permiso para ir al baño porque ya había comenzado el examen y, como yo sé lo estricto que es usted, estoy seguro de que no me lo hubiera concedido… Además, "tícher", eso fue por encima de la pantaloneta. ¡Eso que yo me hubiera sacado mi cuestión ahí…! Usted sabe que yo respeto mucho a mis compañeros y, sobre todo, a mis compañeras… Profe, profe…, súbame una miguita, no me ponga uno". "Bueno, bueno –respondió Maturana--, está bien… Le voy a subir una miguita: tiene cuatro cincuenta". La máxima nota era cinco y le puso cuatro cincuenta sin haber hecho el examen, siendo ésa una de las notas más altas. ¿Qué tal? En cambio los demás, que sí lo hicimos y terminamos extenuados y llenos de tierra y lodo, sacamos, la mayoría, tres y pico; yo creo que no llegué ni a tres cincuenta.